

Próximo número:

La maravillosa
super-producción

El pequeño lord Fauntleroy

Primera jornada

en la cual hace la más genial
creación de las conocidas has-
ta ahora, la bellísima y admirada
"estrella"

Mary Pickford

Postal-fotografía:

Marie Prevost

Precio: 25 céntimos

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 12

25 cts.



LA
PRIMERA
NOVIA

por
Charles Ray
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XII

LA PRIMERA NOVIA
por CHARLES RAY

FIRST NATIONAL CIRCUIT

CONCESIONARIOS: EMPRESAS REUNIDAS S. A.
Paseo de Gracia, 56— BARCELONA.

¡La Primera Novia! ¡Dulce recuerdo!
Tan lindo título nos sugiere muchas escenas llenas de una ternura de irresistible atracción. Vemos, por ejemplo, á Pepita, una preciosidad de criatura, con esa carita tan mona y adornada por sus dorados bucles, con esa naricita tan chiquitirrina y ese piñoncito de boca que debía saber á guayaba pura, la vemos, decimos, asomada á la ventana de su casa, en cuyo borde y en verdes macetas brotaban flores para perfumarla á ella, correspondiendo á las elocuentes y mudas manifes-

taciones del cariño avasallador de Juanito, de regreso del Colegio.

El chiquillo la decía en su lenguaje visual:

—¡Ay Pepita de mi alma, cuánto te quiero! ¡No tengo ganita, Pepita; eres tú quien me la quita! ¡Ay Pepita, Pepitina mía! ¡Quién fuera rey para raptarte y cubrirte de perlas toda!

Ella, suspirando, le daba á entender:

—¡Juanitín, Juanitín, qué guapito eres! ¡Te adoro, príncipe de mis sueños! ¡Por esposa, por esclava, por lo que sea, tómame, porque sin tí me muero!

¡Qué puede haber en la vida comparable á la tierna visión de la primera novia si ella fué el *primer amor!*

¡Qué importan después las angustias pasadas por ser uno dueño del tesoro que descubrió! Vencer sin trabas no da la gloria; sufrir por llegar á obtener lo que el corazón implora, aun á riesgo de destrozarlo con una decepción cruel; llorar,—también lloran los hombres—pero vencer al fin, otorga el mayor triunfo que asegura la felicidad más completa.

Quién se vende por dinero, merece el desprecio común. En los juegos financieros precisa oro y plata en abundancia; en los juegos del amor: el corazón.

No hay nada en la vida comparable á las sensaciones íntimas que se experimentan cuando uno está enamorado.

¿Quién no ha pasado por ellas?

El hombre más cuerdo enloquece de sed de cariño y comete las más infantiles tonterías

sólo por complacer á una mujer. ¡Ah! Mujeres, sonreíos; bien sabéis lo que valéis!

Las redes del amor habían prendido con la mayor seguridad al simpático Andrés, que ardía en las llamas del fuego de una pasión loca, ciega, avasalladora y de cuantos apelativos más se quieran añadir, despertada en su enternecido corazón por la hermosa soñada.

Andrés era modesto empleado de escritorio, con un sueldo semanal de 18 dólares. Vivía con sus tíos, porque perdió en sus años juveniles á sus padres.

La tranquila existencia de Andrés, que sólo se ocupaba, después de su obligación cotidiana, de atender á los cuidados de su persona en lo que hacía referencia á la parte física y al vestir á la última moda, se vió cierto día—eso suele siempre suceder un día—trocada en agitada fiebre de superarse á los demás seres humanos, para ser el afortunado elegido de su adorado tormento. Este era la deslumbrante Ofelia, la de la sonrisa eterna y boca de nácar de bordes de vivo carmín.

Cuando Andrés trabajaba Ofelia surgía en su imaginación y sumaba en lugar de restar las cifras que tenía delante. El recuerdo de su amada le hacía olvidarse de todo.

Así, por ejemplo, una mañana, mientras escribía una carta comercial dirigida á una señora cliente viuda, el sexo de la interfecta lo trasladó cerca de Ofelia y escribió, creyéndose que hablaba: «*Mi querida nena de mis sueños, de mis pesadillas de mi vida y de mi corazón.*». Cuando se apercibió del error ya había escrito un epitalamio, de cuyos lados salían las

chispas del calor puesto en él.

Desde que comprendiera que Ofelia era la única mujer que llenaría exquisitamente su vida, Andrés había cargado aún más las facturas del sastre, del zapatero, del sombrerero y del camisero. Lo sorprendente era que todo salía de los 18 dólares semanales. ¡Qué debía quedarle para su manutención y pequeños gastos! ¡Misterios!... equilibrios... juegos de acrobacia!

Lo cierto es que estrenaba corbatas, se hacía limpiar cada día las botas, llevaba siempre un sombrero flamante y parecía recién salido de la caja, como suele decirse por aquí.

Por aquel entonces, el pueblo de Vixville andaba algo revuelto por las numerosas hazañas impunes de un malhechor llegado de no se sabía que infierno para fastidiar á los tranquilos habitantes que, no siendo su número muy crecido, constituían una gran familia... en alojamientos distintos.

Cierta noche, el tío de Andrés, que mientras su esposa remendaba calcetines y su sobrino se componía en su cuarto delante del espejo, leía el periódico local, se enteró de la nueva protesta contra los robos que sembraban el pánico en el lugar. El suelto en cuestión decía así:

“LOS ROBOS FRECUENTES INDIGNAN AL VECINDARIO

“Debido a los robos audaces ocurridos últimamente en el pueblo, varios vecinos de arraigo han ofrecido generosamente la cantidad de 1000 pesos que serán entregados á quien capture al bandido.”

A la opinión de su esposo de que la policía de entonces debía tener sangre de horchata, en comparación con la de los tiempos en que era comisario, la tía de Andrés expuso su temor de que alguna vez asaltasen á su sobrinito y lo asesinasen. Pero el tío contestaba que quizá le vendría bien á su sobrino que le dieran un susto nada más para ver si se quedaba alguna noche en casa.

La buena tía quiso dar un nuevo giro á la conversación calificando de modelo de elegancia á Andresito. Mas el tío, que desconocía la misma palabra, consideró que más le valiera al pollito bien ahorrar el dinero que malgastaba en prendas.

Como todas las noches, Andrés se presentaba á sus tios, les pronunciaba unas palabras gentiles y repitiendo su cantinela «volveré temprano», se marchaba á sus ineludibles compromisos....

Aquella noche Andrés estaba impaciente por llegar á la casa de... su Ofelia. Había tenido la suerte de que ella aceptara su invitación de acompañarla al baile que daba la juventud de Vixville en Burbau Hall, situado al término del pueblo.

Como es de suponer, el enamorado llegó frente á la morada de su dueña con mucha antelación á la hora convenida y tuvo que esperar á que las agujas de su reloj de pulsera señalasen la expiración de su suplicio.

Mientras tanto, en la casa, ELLA, lista para recibir dignamente á su simpático acompañante, pidió permiso á su abuelo, Don Leandro Laurin, para ir al baile.

—¿Con quién vas?—la preguntó Don Leandro.

—Voy con Andresito Cavanaugh, abuelito—respondió Ofelia.

—¡Con Andrés Cavanaugh! ¡Supongo que tendrás que ir en el tranvía!

—Sí, abuelito, pero Andresito es muy simpático.

—Quizá, pero ¿qué puede él ofrecer á una muchacha de tu abolengo? Ahí tienes, por ejemplo, á Jaime Song; tiene un automóvil nuevo, y su padre es rico.

—Jaimito es simpático también, pero.... Andresito me invitó primero, abuelito.

El abuelo, perteneciente á una familia de rancio abolengo, soñaba para su nieta, que que también era huérfana de padres, como Andrés, un rico pretendiente que la elevara al alto rango que por su cuna le pertenecía. No veía, pues, con buenos ojos que la muchacha se relacionara con jóvenes como Andrés, es decir con pollos «desplumados».

Ello no obstante, las caricias de Ofelia venían siempre la oposición del noble que en aquella ocasión no tardaba en dar su consentimiento á que Andrés llevase al baile á su nieta. Al fin y al cabo que Andrés la acompañase á Burban-Hall no significaba que se casaría con ella. De una cosa á otra había mucha distancia.

Cuando su reloj se compadeció de su impaciencia, Andrés penetró en la casa. Fué recibido por Don Leandro; Ofelia había ido á su habitación para hacer una nueva consulta á su confidente el espejo.

Andrés era excesivamente tímido pero mucho más corto se sentía delante de Don Leandro, cuyo carácter y opiniones arcáicas conocía al dedillo por sus tios, con los que había sido buen amigo en su mocedad. Haciéndose cargo de la situación embarazosa de Andrés, Don Leandro habló el primero:

—¿A qué debo el honor de su visita, joven?—le dijo.

Andrés despegó con cierto trabajo sus labios y con voz entrecortada por la emoción, contestó:

—Pues.... venía... Vengo á acompañar á Ofelia.... para ir al baile, Don Leandro.

—¡Ah, ya! Usted es su caballero para esta noche.... Muy bien.... Y... ¿cuánto gana usted á la semana, joven?

Penosamente, Andrés dijo muy quedo:

—Gano 18 dólares.

—¿Cuánto ha dicho usted?

Zaherido por la pregunta insistente de Don Leandro y avergonzado de no disfrutar de más holgados medios de existencia, Andrés repitió, todavía más bajito:

—Dieciocho dólares, D. Leandro.

La cara de disgusto que ponía Andrés en esta contestación producía en D. Leandro, que aparentaba una severidad inflexible en su interrogatorio, vivos deseos de reirse. Recreándose en mortificar al tímido pollito, el abuelo quiso hacerle pasar un mal rato, diciéndole:

—Mientras esté ese ladrón suelto por el pueblo, no me agrada que mi nieta ande por ahí con un jovenzuelo como usted.

En este punto, que incumbía de pleno á la

más mínima susceptibilidad de su amor propio, Andrés fué presto en replicar enseñándole un revólver.

—Va muy segura conmigo, Don Leandro: ¡voy armado!

Y tal demostración de las precauciones tomadas por la defensa de una dama que se confiaba á su nobleza, agradó á Don Leandro y una corriente de simpatía se estableció entre ambos.

Reviviendo imaginariamente épocas lejanas, el noble exclamó con vehemencia:

—De seguro que su tío recordará los tiempos en que vengábamos nuestros agravios con pistolas de duelo.... El día que me batí con el juez Toliver, en los bosques de lo que ahora es Burban Hall.... ¡Ah! ¡Qué tiempos aquellos, nobles y caballerescos!

Ofelia, aparecida en este instante, sorprendía á su abuelo y á Andrés en majestuosas reverencias evocadoras de los tiempos señoriales.

Andrés advirtió enseguida la llegada de su amada, saludóla con alegría inmensa y, galante, la ofreció una artística caja de bombones de chocolate que su modestia calificaba de humilde.

La sonrisa de la niña de sus ojos comunicaba á Andrés la sensación del bienestar y el estímulo espiritual necesario, con el que se sentía capaz de todo.... hasta de olvidar su timidez.

Ofelia, que estaba más hermosa que nunca aquella noche, abrió la caja de golosinas, ofreció de su contenido al abuelo y ella misma

puso en la boca de Andrés un bombón aromatizado por sus dedos, cuya puntita se humedeció suavemente en sus labios.

Luego, mimosa, le dijo:

—Espero no te habré hecho aguardar mucho.

El, transportado al séptimo cielo, la contestó:

—Las horas me parecieron gratos instantes. (La frase era bonita pero tenía un marcado sabor á novela; la realidad no está de acuerdo con la fantasía de la pluma ¿verdad?)

Tras unos cuantos besos de Ofelia al abuelo, que Andrés, cautivado por tan dulce expansión se figuraba recibir en sus mejillas, y un rápido simulacro de despedida de éste, salió la parejita á la calle con justas ansias de gozar.

*
**

El Comité de Festejos del pueblo tropezaba con la acostumbrada dificultad, al contratar el único medio de locomoción que existía para llegar á Burban-Hall; aquella consistía en tener que supeditarse á la voluntad del conductor del único tranvía, que era el mismo concesionario de la línea, un viejo gruñón, al reducido número de asientos y á las exigencias de un suplemento de tarifa si el tranvía tuviera que esperarse frente al salón de baile hasta las doce de la noche. Las protestas de los bulliciosos jóvenes no hacían renunciar al viejo avaro á

sus abusivas especulaciones y aquellos no tenían más remedio que pagar.... ó ir caminando al baile.

Los pasajeros del tranvia buscaban consuelo al «timo» de que eran objeto, pataleándole las plataformas anterior y posterior del coche, con lo cual el tranvia parecía un buque mecido por las agitadas olas.

Durante el recorrido y muy cerca del coche eléctrico, pasó Jaimito guiando un nuevo auto. Ofelia, que se parecía por este medio de transporte, convino en que tal automóvil era muy bonito. ¡Y lo decía comiéndoselo con los ojos! Andrés no le daba importancia al hecho aunque en su interior sintiera no poder colocar frente á la fanfarronería de Jaimito un soberbio coche de muchos más caballos que el suyo y pasear en él á Ofelia. Pero pensar en ello era apeteecer la luna. Cuando el tranvia se decidió á llegar á Burban-Hall, Ofelia repitió su anterior exclamación al ver de nuevo el auto de Jaimito, que maniobraba para que todos lo vieran, y en Andrés aumentaron los celos y la aversión hacia Jaimito.

Lanzadas ya las parejas al torbellino de la danza, Jaimito, que lucía un lustroso frac, aprovechándose de la oportunidad de hallarse sola Ofelia, la sacó á bailar, á lo cual ella no supo oponerse. Pero Andrés, que estaba esperando esta ocasión para darle un chasco al presuntuoso, hizo valer sus derechos de caballero de Ofelia, para arrancársela cuando iban á empezar la danza. Jaimito se vió, pues, compuesto.... y sin bailadora. De instinto vengativo, el niño bien, rival de Andrés, se prometía

vencerle atrayéndose, con el brillo de su riqueza, á la encantadora pretendida. ¡Se imaginaba inclusive la cara de bobo que pondría el empleadillo de su padre—pues era á las órdenes de éste que trabajaba Andrés—cuando supiera que había sido desbancado!

Los acordes de un delicioso vals imprimieron al alma de Andrés una dulzura mayor, que ya no podía contenerse por más tiempo en ella. Siguiendo el compás de la música el apasionado condujo á su amada al jardín; se sentaron en una hamaca, colocada en aquel sitio para casos análogos, y empezó á libertar de su corazón lo que amenazaba desbordar desde algún tiempo.

—¡Ofelia!

—¡Andrés!

—¡Qué bonita eres, nena! ¡Qué bien te sientan estos bucles! ¡Cómo te pareces al hada que yo siempre he soñado!

—¿Te gusto mucho, Andrés?

—¿Y me lo preguntas? ¿No lo lees en mí, vida? Gustarme es poco, quisiera penetrar en tu interior para no moverme de él con tal de sentir tu calor y tus latidos. Te quiero como el palomino á su madre, bajo cuyas alas se cobija. ¡Ay, Ofelia! Estoy contento y sin embargo una trizteza invade mi corazón.

—¿Por qué sufres, Andrés?

—Soy... un trabajador.... Ofelia... no cuento con otros medios de fortuna que mis manos para emborronar cuartillas.... tú perteneces á otra categoría.... pero, qué estoy diciendo, qué tonterías son estas, ¿verdad?... Porque dime, Ofelia.... te casarás conmigo, ¿verdad? Serás

mi esposa, ¿no es cierto? Nadie te querrá como yo te quiero.... nadie te hará tan feliz, Ofelia.... ¿no es verdad que te casarás conmigo?

—¡Pero somos demasiado jóvenes para casarnos, Andrés!

—Entonces.... ¿serás mi novia, Ofelia?

—¿Tienes la sortija de compromiso, Andrés?

—Te la compraré.... ¡por ti, sería capaz de morir!

—Cuando la tenga, desde entonces solamente, seré tu novia.

—¡Ah! ¡Ofelia! ¡Qué feliz me haces! ¡Ofelia! ¡Ofelia mía!

La campanilla del tranvía agitada violentamente por el malearado viejo llamaba á filas á la juventud que seguía bailoteando.... á las doce en punto. Al tercer toque, que era el último aviso, la turba alborotada tomó por asalto el coche. Ofelia y Andrés fueron también arrancados á su tierno idilio. La vuelta á la realidad era amarga: un viajecito de regreso al hogar en un pésimo tranvía, prensados como sardinas en conserva.

El único joven que no daba ganancia alguna al tranviario era Jaimito que, sea para lo que fuere, regulaba la marcha de su coche en proporción á la del tranvía para poder conversar con sus amigos.

Ofelia dijo á Andrés:

—Me agradaría que tuvieses un automóvil como el de Jaimito. ¡Es tan molesto tener que viajar en este tranvía!

Andrés, murmurando entre dientes, contra su peligroso rival, protegido de la fortuna, aseguró á la caprichosa:

—Sí; también tendremos un auto.

No había concluido Jaimito de dar martirio á Andrés, pues el primero, con doble intención, se puso al habla con Ofelia:

—¡Recuerda, Ofelia—dijole—que mañana te enseñaré á manejar mi automóvil!

En la mente de Andrés se repetía un millar de veces, hasta marearlo, la palabra «automóvil». No se hubiera imaginado nunca que tal locomóvil pudiera recorrer tanto espacio en un sitio tan pequeño.

De repente, como surgido de la tierra, se alzó ante los pasajeros del tranvía un hombre de rostro repugnante, gritándoles:

—¡Manos arriba todo el mundo!

Jaimito, por supuesto, se escabulló á toda marcha, pensando que *el que quede atrás arree*.

¡Era el ladrón que tenia atemorizado á todo el pueblo, cuya policía, desconcertada, no daba pie con bola!

El malhechor no hizo, aparte el susto, el menor daño á nadie, contentándose con despojarlos uno á uno de sus respectivos *fondos de reserva*.

Llegados que fueron á destino, Andrés acompañó á Ofelia hasta su casa ante cuya puerta y con hondos suspiros, se despidieron. Andrés se acostó aquella madrugada con el tierno recuerdo de su amoroso coloquio....

*
**

A la mañana siguiente, los vecinos de Vix-

ville ardían en indignación ante la audacia del atraco de la noche anterior,

Andrés, entretanto, contemplaba las joyas expuestas en el escaparate de la joyería del lugar. El dueño del establecimiento acudió á hacer la «réclame» de sus artículos:

—¿Deseaba usted comprar un anillo, señor?

—No....

—Los hay muy baratos....

—No.... no....

—¿Quiere usted verlos, señor?

—¡No!

—¿Se ha fijado usted en ese del escaparate? Entre, haga el favor....

—¡Nol! No quiero nada. Es que.... espero aquí á un.... á un amigo....

—Como ví que miraba ese anillo... ese... sí... ¿lo ha visto usted bien? Pues cuesta solamente cien pesos. Se lo voy á enseñar.... ¡no es molestia, no, señor!

Andrés desapareció de la acera de la joyería cuando el joyero entró en la tienda. ¿Dónde tenía él los cien duros para comprar la sortija? ¡Los hay ilusos!

En la plazoleta del pueblo, un grupo de jóvenes comentaba el robo en el tranvía. Jaimito, satisfecho de haber salido indemne del suceso—gracias á su auto—y dale con el auto! —se vanagloriaba de tener todavía su reloj y su revólver.

Andrés que lo escuchaba, le interrumpía con acierto:

—Pues aprovecha la ocasión: ofrecen mil pesos de recompensa, y el ladrón anda suelto todavía.

Jaimito se desentendía de tal proposición fingiendo entrar en la Comisaría, donde sólo fué para fumarse un cigarrillo con la policía que estudiaba el álgebra para capturar al ladrón.

Ofelia apareció en la plazoleta; Andrés le salió al encuentro y la condujo frente á la joyería cuyo escaparate había él contemplado antes.

—Mira, Ofelia; ¿te gusta esa sortija?

Ofelia, entusiasmada, le contestó:

—¡Pero, Andrés: cuesta dos mil quinientas pesetas!

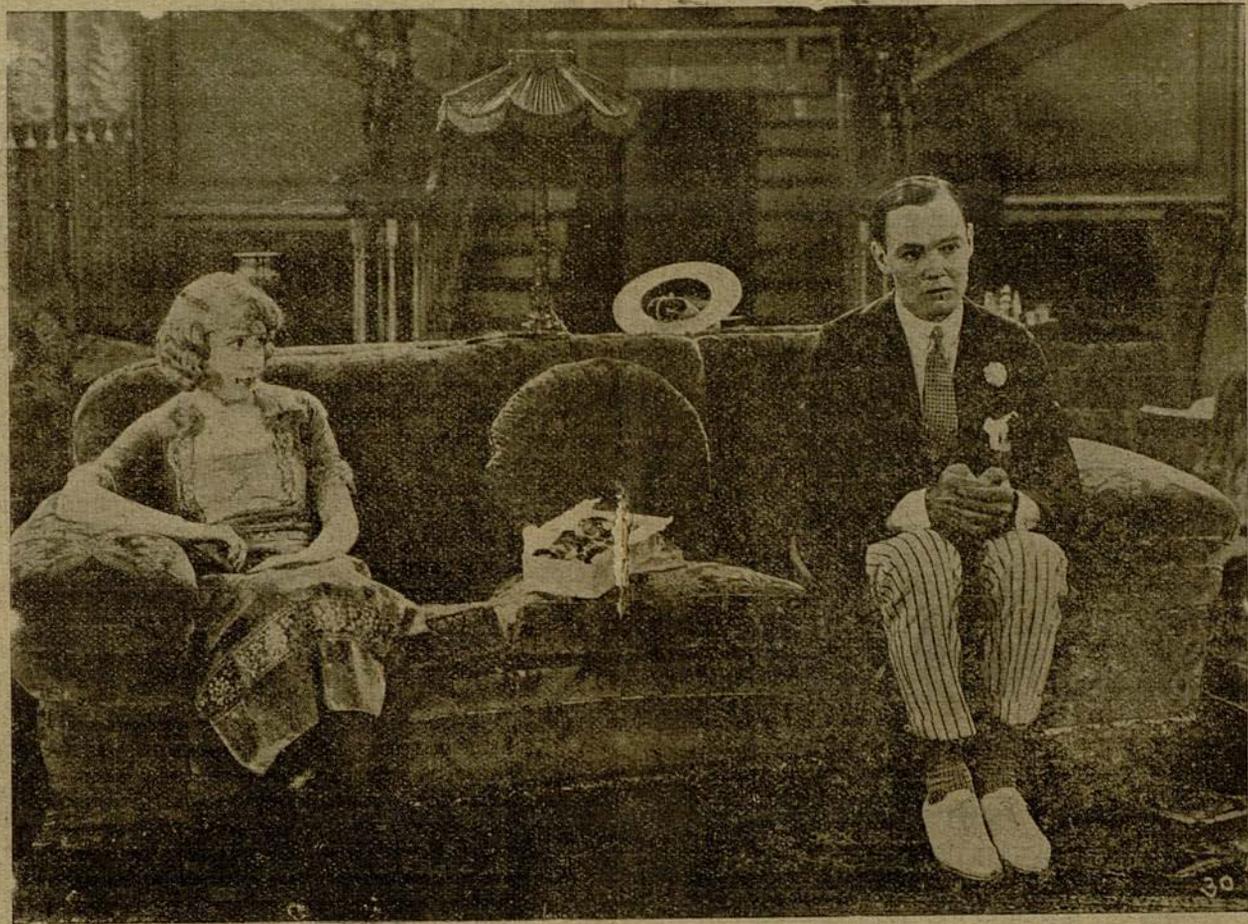
—¿Qué?—dijo Andrés, sorprendido.

—¡Qué generoso eres, Andrés....!

Sin darle tiempo para contestar, Ofelia se separó de Andrés quien, asombrado, se percató de que aquella habíase figurado que la sortija que él la enseñara era la que tenía al frente la etiqueta de 2.500 pesetas. ¡Zambomba! ¡Qué ventaja la de tener buena vista!

*
**

Queriendo de todos modos procurar complacer el gusto de Ofelia por la sortija, Andrés entró decidido á tratar con el joyero, á quien, después de enterarle de sus intenciones de adquirir el anillo de compromiso, hizo entrega de sus ahorros á cuenta de su valor. Durante un largo rato, estuvo contemplando Andrés la sortija escogida por su amada, y vino en convenio que, en efecto, era preciosa. En su sen-



Ofelia, que estaba más hermosa que nunca aquella noche, abrió la caja de golosinas...

cilla é ingénuo alegría, Andrés, hacíase confirmar por el joyero, que no tenía otro empeño que demostrarlo, que la joya era magnífica.

Puestos de acuerdo sobre el particular, el joyero afirmó á Andrés que le guardaría la sortija hasta que pagase lo que faltaba.

Entretanto, Jaimito encontraba en su paseo



...produciendo gran contrariedad á Andrés que vió esta escena al salir de la joyería.

en auto á Ofelia á quien invitó á subir en él, lo cual ella hizo de muy buen grado produciendo gran contrariedad á Andrés que vió esta escena al salir de la joyería.

En la oficina, Andrés, luchando con mil pensamientos distintos, no pudo resistir al deseo de comprarse un traje de etiqueta. Consultó á tal efecto los catálogos de los mejores sastres y, como era de suponer, escogía la hechura más de moda. Para no perder tiempo, se tomó él mismo las medidas en cuya operación le sorprendió el principal, que no era otro que el padre de Jaimito, desde luego ignorante de los proyectos de su hijo, que sólo recurría á él en demanda de dinero.

En tono seco, aquél le dijo:

—Oiga, joven: le aconsejo que atienda más á su trabajo y menos á sus ropas.

¡Vaya un corte.... de sastre!

Durante el paseo en auto, Jaimito, malicioso, provocó esta conversación con Ofelia:

—Tengo entendido que Andresito Cavanaugh va á casarse. Está comprando una sortija de compromiso.

—¿De veras? ¿No crees que hay que felicitar á la muchacha? Yo lo creo así.

—¡Pero si es un simple empleado de oficina, y no le alcanza el sueldo ni para vestirse!

—Pero la ropa le cae muy bien, Jaimito.

—No sólo de ropa vive el hombre, Ofelia.

Con todo, llegaron frente al despacho del padre de Jaimito. Este detuvo el auto á pocos pasos de la ventana de la habitación ocupada por Andrés, para que éste rabiase viendo á Ofelia en su auto, y entró á ver á su padre para pedirle dinero. Dado que le fué, Jaimito, dirigiéndose á Andrés, que bien sabía no podía abandonar su trabajo, le manifestó:

—Siento que no puedas venir con nosotros,

Andresito: *Ofelia está loca con mi automóvil.*

Andrés a quien Ofelia, desde el maldito auto, había saludado cariñosamente, se vió abatido por el dolor punzante de los celos y corrió violentamente la persiana para no ver la burla que Jaimito le hacía en silencio.

Después, entregó a un complicado pro-



...no pudo resistir al deseo de comprarse un traje de etiqueta...

blema del que Jaimito y él eran los factores, estableció el siguiente balance:

JAIME:	ANDRÉS:
Activo	Activo
Gordo	Flaco

Dinero	10 dólares y con deudas
Automóvil nuevo	Tranvia
Frac	Esperanzas sortija (cuando la pague)
Probabilidades?	Probabilidades?
Ofelia	Ofelia

y según sus cuentas observaba que habría pagado sus deudas en 1940! Las 2.500 pesetas de la sortija bailaban en torno suyo clavándosele en el cerebro. ¡Cómo se burlaba de él el dinero!

La lectura de un anuncio redactado como sigue:

«CINCO MIL PESETAS DE RECOMPENSA A QUIEN PRESENTE VIVO O MUERTO AL LADRÓN QUE DETUVO ANOCHE EL TRANVIA» le sugirió una idea feliz, realizable, que llevaría a efecto.

¡Cómo no arriesgarse un poco si por la captura de un ladrón ofrecían mil duros! Siguiendo esta proporción, cinco ladrones representarían 5 mil duros. ¡Quién no se arriesgaría por 5.000 duros!

*
**

La diversión nocturna de Andrés, desde que se enterara del premio tentador que obtendría quién capturase a un ladrón, era ir a la caza de bandidos en vez del baile.

Una noche salió como de costumbre a explorar el pueblo dormido, regresando a su casa sin haber conseguido realizar sus propósitos. En el saloncito de su vivienda tuvo gran es-

panto disparando maquinalmente los seis tiros de su revólver á la par que gritaba, preso de terrible pánico:

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Socorrooooo!

A sus gritos acudieron sus tios que se extrañaron de ver á su sobrino vestido de gorra, como un vulgar ratero, é indudablemente se



...se vió abatido por el dolor punzante de los celos...

imaginaron que se había vuelto loco, pues lo que Andrés tomara por un ladrón.... ¡era el sombrero y el batín blanco de su tío, colgados al paraguero!

Para mitigar su fracaso, Andrés puso por

las nubes su buena puntería. ¡Si hubiese sido un ladrón de carne y hueso, no habría podido siquiera encomendarse al santo de su vocación!

Al día siguiente por la tarde, Andrés, de paso por la plazoleta del pueblo, fué preguntado por sus amigos del Comité de Festejos, acerca de si iría al baile por la noche. El requerido les hizo saber que no pensaba bailar por algún tiempo, pues.... trabajaba de noche.

Apenas llegado á la otra acera de la calle Andrés, que había visto á Jaimito unirse al grupo de los organizadores festivos, se detuvo discretamente para oír si él iría al baile.

Eran dos seres con un solo pensamiento; dos corazones que latían por el mismo amor.

Como Jaimito aceptara y pagara su parte de gastos de la fiesta, Andrés, volviendo sobre sus pasos, también hizo apuntarse.

Escapándose como pudo de allí, y electrizando sus piernas, dirigióse ansioso hacia la casa de Ofelia. En su desenfrenada carrera á campo traviesa para acortar el camino, Andrés se consolaba del cansancio á la idea de que llegaría á ofrecerse como acompañante de su amada antes que Jaimito lo hiciera con su auto.

Jadeante, palpitándole el corazón por doble motivo, fatiga y pasión, Andrés llegó á la morada de su dueña. Conducido á su presencia en el salón, Andrés iba á hablarla en el mismísimo instante que apercibía majestuosamente sentado á.... Jaimito. ¡Su ilusión se venía abajo con inmenso dolor!

Con socarronería, Jaimito, gozándose de su

victoria en aquella ocasión sobre Andrés, participábale su extrañeza:

—¿Cómo te demoraste tanto, Andrés?

El pobre enamorado contuvo en sus labios una frase desagradable cuyo sabor á lágrimas no hubiese podido evitar.

Luego, Jaimito, antes de partir, manifestaba á Ofelia:

—Bueno, Ofelia; vendré á las ocho con el automóvil á buscarte.

Quedados solos que fueron Ofelia y Andrés, ella le dijo, sintiéndose embargada por su tristeza:

—¿Irás esta noche al baile, Andrés?

—Ya no me gusta bailar ¡Hasta el pueblo me aburre ya!—gimió Andrés.

Con un subterfugio cualquiera, Andrés no había querido prometer si iría al baile y se alejaba de Ofelia, adorándola en silencio, para que ella no pudiera verle darse de golpes á la cabeza por lo vanos que habian sido sus extraordinarios esfuerzos por ofrecer con su brazo su vida á la bella niña.

Por la noche, sentado á la mesa con sus tíos, Andrés pensaba en Burban-Hall, que era sinónimo de un vals ensoñador.... una hamaca apartada.... ¡y la dama de sus pensamientos!

Su tía, comentando en voz alta la gacetilla de última hora del periódico, dijo:

—Mira, Andrés: el periódico dice que Ofelia irá al baile esta noche.

Malhumorado por el recuerdo de que su rival se envanecería de llevar á Ofelia al baile, y contrariado porque ella había aceptado su invitación, Andrés contestó:

—¡No me importa!.... Me aburren ya los bailes.

Su tío, asombrado, intervino, manifestándole:



—¿Irás esta noche al baile, Andrés?

—Me alegro de que empieces á tener sentido común.

—Si, tío; hablo en serio—añadió Andrés.—

Si me ves dispuesto á salir.... pues.... no me dejes salir.

—¿Hablas en serio, dices?—insistía el tío que no podía creer lo que estaba oyendo.

—Si, tío; hazme ir á la cama.

—Te aseguro que te complaceré, muchacho.

Mas, el hombre propone y Dios dispone. Lo que ha de suceder no tiene remedio. En efecto, apenas terminada la amistosa conversación con sus tíos, Andrés tuvo una sorpresa inesperada: la visita del sastre que le llevaba el frac encargado días atrás. Por supuesto, Andrés no pudo aguardar al otro día para asegurarse de si el nuevo traje le sentaba bien. Cuando se lo hubo puesto, pasmóse de ver reflejado en el espejo un cuerpecito de lo más chic imaginable.... de cuya cara irradiaba la simpatía á granel.

Por si el contemplarse tan elegante no fuera suficiente para decidirlo á asistir al baile—para eclipsar á su rival—subió hasta su habitación, situada debajo del tejado de la casa, el son de la bocina del auto de Jaimito. Deseoso de ver á su Ofelia y de quitársela aquella noche al fanfarrón, Andrés se dispuso á salir de su casa. Pero el tío estaba de guardia, y no hubo manera de romper la consigna. Y entablaron esta discusión, empezando á hablar Andrés:

—¿Por qué no me dejas pasar?

—Lo convenido: esta noche no vas al baile, Andrés; conque.... vete á la cama.

—De todos modos iré.... ¡Yo ya no soy un chiquillo!

—No te dejaré ir sin darnos de pescozones.

—¡Pues nos daremos de pezcozones!

—La verdad que sentiré estropear te el frac nuevo, sobrino....

Ante esta amenaza, Andrés no tuvo más recurso que retirarse á su habitación y simular que se metía en la cama para bajar descalzo cuando creyese que el tío se había persuadido de que le obedecía. Todo fué inútil: el tío conocía las martingalas de la juventud y, fumando su pipa, seguía guardando la puerta.

Acicateado por los celos, Andrés recurrió á los grandes extremos, evadiéndose por la ventana de su cuarto.

Gateando sobre el tejado, haciendo un supremo esfuerzo por mantenerse en equilibrio sobre la resbaladiza pendiente, iba ganando terreno, cuando de improviso surgió de detrás de una chimenea... ¡otro hombre! Andrés no tuvo tiempo de huir de espanto, pues el aparecido—¡que era el ladrón del pueblo!—arremetió contra él por instinto de defensa. Obligado á ello, Andrés repelia vigorosamente el ataque. Durante la lucha, los dos hombres, ligados cuerpo á cuerpo, rodaron sobre el tejado, cayendo desde éste al jardín de la casa sobre un montón de paja que les evitó una muerte probable ó cuando menos la fractura general de todos sus huesos. Andrés, por fortuna, vino al suelo sobre el ladrón que, naturalmente, fué el más perjudicado en la caída.

Repuesto de la emoción, Andrés miró al sujeto que lo había tratado de modo tan brutal sin motivo-ninguno para ello, y la duda que tenía fué confirmada por el mismo ladrón quien, tomando á Andrés por uno del oficio, le pre-

guntó;

—Oye compañero: ¿por qué andas por aquí *trabajando* vestido de etiqueta?

Entonces, Andrés reconoció en el "*magullado*" al hombre que asaltara el tranvía.

Aprovechando la circunstancia de que no podía defenderse el bandido por impedirsele la conmoción de la caída, Andrés llamó á gritos á su tío, pidiéndole las sólidas esposas que había comprado para sus excursiones nocturnas á la caza de malhechores,

—¡Este es *mi* ladrón!—decía triunfante.

Enajenado de alegría, Andrés, asegurándose bien su presa, fué a despertar al joyero para que le diera la sortija, pues ya tenía dinero: ¡el ladrón valía 1000 duros!

El mercader contestóle que Jaimito Long había comprado por la tarde la tal sortija, pagándola al contado.

A las justas protestas del pundonoroso Andrés el joyero se limitó á contestar que tenía otras sortijas y que se las enseñaría al día siguiente.

Con la misma prisa se dirigió luego Andrés á casa de D. Leandro, enterándose en ella de que también estaba en Burbau-Hall con su nieta.

Allí, pues, fué Andrés, con sus 1000 duros, digo, con el ladrón.

Jaimito estaba iniciando una categórica declaración de amor á Ofelia cuando todos los ruidos se aplacaron, interrumpiéndose baile é ilusiones: Andrés presentaba á la ciudad de Vixville al bandolero incapturable, explicando detalladamente cómo lo había cogido.

D. Leandro estaba maravillado de la audacia de Andrés y, en nombre de la Ciudad y como Presidente del Comité de Vigilancia, pronunció una entusiasta alocución ensalzando el valeroso comportamiento de Andrés.

—...Y á todos nos regocija sobremanera—terminó diciendo—que este joven se haya hecho acreedor á la recompensa de 1000 duros.

La policía encargóse del detenido... y de preparar al «héroe» las 5000 pesetas del premio.

Andrés, ni corto ni perezoso, hizo que Jaimito saliera á solas al jardín, logrando, de un soberbio empujón, hundir á su obeso rival en su coche, quitándole al propio tiempo la sortija indebidamente adquirida por él.

Reuniéndose después con Ofelia, que le miraba extasiada por lo bien que le sentaba el frac—algo arrugado sin embargo por las peripecias pasadas—la condujo al lugar de la hamaca—que era su rincón preferido—y, mientras allí tejían su tela de oro dos corazones que se querían, en el salón de baile, D. Leandro, olvidándose de los... 18 duros de sueldo de Andrés, le ponía por las nubes ante sus amistades.

Jaimito, entretanto, hacía inauditos esfuerzos por levantarse del coche, sin conseguirlo, en vista de lo cual pedía auxilio tocando la bocina con duras cabezadas.

—Parece que Jaimito está afinando la bocina.—dijo Ofelia á Andrés.

¡Qué lejos estaba de figurarse el subterfugio de Andrés para evitar que Jaimito se le adelantase en la entrega del anillo de compromiso!

Andrés, todo ternura, murmuraba al oído de

su amada:

—¡Ofelia....! ¡Cuánto te quiero! ¿Quieres ser mi novia.... y mi esposa?

—¿Tienes ya el anillo, Andrés?

—¡Si; tómalo, Ofelia!

El viejo gruñón conductor del tranvia avisaba á sus clientes que el plazo de espera había expirado. ¡Ya habían dado las doce! Como siempre, se armó el consiguiente barullo para acomodarse en el coche....

Esta vez, Ofelia y Andrés no oyeron el "toque de retreta", tan lejos estaban de este mundo....

En cuanto á Jaimito,.... ignórase si se halla todavía hundido en su *auto*.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 - TARRASA

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo

La venta exclusiva de

La Novela Semanal Cinematográfica

en España y América pertenece á la

Sociedad General Española de Librería

Ferraz, 21
MADRID

Barbará, 16
BARCELONA

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(pago anticipado)

BARCELONA
y PROVINCIAS

Año 12 ptas.

Semestre 7 »

EXTRANJERO

Año 18 ptas.

Semestre 10 »

PORTUGAL, AMÉRICA
y FILIPINAS

Año 14 ptas.

Semestre 8 »

Los señores suscriptores de pro-
vincias pueden efectuar los pagos
por medio de Giro Postal.